que reprenderse, ni de la reputacion que merece una conducta sin mancha. La firmeza de esta respuesta confundió á Madama, y exclamó con arrebatamiento: que no le sorprendía ver que la Duquesa desmintiese su fingida dulzura; la acusó de falsa, de hipócrita; y perdiendo su razon y toda medida, la amenazó que se quejaría al Rey de su insolencia. La Duquesa respondió con calma: el Rey no solo no la creerá, si se le cuenta, mas tampoco lo que ha sucedido; porque no podrá persuadirse que Madama olvidase en este punto su propia dignidad.... Al oír estas palabras Madama, saliendo fuera de sí, le ordenó imperiosamente que se retirara; lo que ejecutó la Duquesa sin proferir palabra. Ella guardó un silencio absoluto de esta extraña escena; pero Madama, que no tuvo ocasion de hablar al Rey, porque ya no iba á su cuarto, se quejó amargamente á la Reina Madre, que la escuchó con frialdad, y le dió por respuesta una exhortacion dirigida á que se moderase. Los dos dias siguientes no recibió Madama sino su sociedad particular, á la que no asistió la Duquesa; pero se presentó al tercer dia, que era de gran círculo. Sabia que el Rey no asistiría; y por primera vez se puso los soberbios brazaletes que de él habia recibido, y que hasta aquel dia no se habia resuelto á usar. Tenia las manos y brazos de una belleza incomparable, y este brillante adorno los hacia mas notables. Estaba con guantes; y, para evitar toda afectacion, se decidió á no dejarlos hasta sentarse al juego: pero el acaso le proporcionó ocasion mas natural. Madama, interin se arreglaban las mesas de juego, recorría el círculo; hablando á las damas que la hacian la córte, dejó caer el abanico: la Duquesa, que estaba á dos pasos de ella, se adelanta, se baja, y quitándose el guante, segun la etiqueta, para presentarle el abanico que alzó, y le ofreció, le pone delante de su vista aquella alhaja, cuyo recuerdo tan vivo habia conservado: fué muy odiosa la impresion que recibió Madama, de manera, que no pudiendo resolverse á tomar su abanico de tal mano, echando una mirada centelleante de despecho y de cólera á la Duquesa, le ordenó lo pusiera sobre una mesa. La Duquesa obedeció sin inmutarse, en seguida se quitó el otro guante; se ponen á descubierto los hermosos brazaletes, y todos los admiran. Madama empezó su partida: las demás camaristas y toda la córte, que notaban claramente el ódio de Madama á la Duquesa, la tra-

taron con extrema frialdad: lisonja para Madama, que no tenia oposicion, estando el Rey ausente. Pero la Duquesa no estaba abandonada en esta numerosa asambléa; todos sus amigos se encontraban allí: el Duque y la Duquesa de Saint-Aignan; el Duque de Longueveille, siempre amante, aunque sin esperanza; Beringhen, Benserade, el duque de Roquelaure, el marqués de Sourdis: todas estas personas la rodeaban, y no la dejaron en toda la noche; al contrario, parecian ocupadas únicamente de ella. Esta conducta les ocasionó la desgracia completa de Madama, que se declaró, y cesó de admitirlos totalmente en su intimidad.

Sin embargo, consintió la Duquesa en recibir algunas veces al Rey en su cuarto, con tal que no fuese solo; y la Duquesa recibiría á la misma hora tres ó cuatro señoras de la corte, tratadas por Madama con ligereza; quienes hallarían un extremo placer en despreciarla, haciendo la córte al Rey. Estas visitas del Soberano á una joven que no estaba casada, y que lejos de tener el título de amante, no habia mutacion en su modestia y sus principios, fueron un grande acontecimiento en S. German. Los amigos de la Duquesa decian públicamente,

que el Rey, por esta distincion extraordinaria, queria indemnizarla de las injusticias de Madama; añadiendo en secreto, que la Duquesa era la amiga íntima de S. M.; porque habia resistido ser su Dama. Las personas, en tanto número, que jamás creen lo que sale del órden comun de las cosas, se burlaban de esta opinion; otras pensaban mas fundadamente, que la Duquesa sucumbiria al peligro que se exponia con inocencia y seguridad: en fin, la conducta del Rey y la Duquesa eran admiradas por aquellas gentes sensibles, generosas y crédulas, que se llaman por burla de caracter romancesco. En efecto, juzgan continuamente mal; porque aman con pasion lo que hay mas hermoso en la tierra, lo maravilloso en sentimiento y en virtud; pero esto, sin duda, es infinitamente raro, aunque no es ideal. Feliz el que puede conservar siempre la noble ilusion que le hace ver, ó la esperanza de descubrirlo. El Rey, fiel á su promesa, no pasaba al cuarto de la Duquesa sino acompañado de Beringhen, ó Lauzun. Cierto de ser amado, quizá en el fondo de su alma esperaba todo lo futuro; pero él tenia un sentimiento de gloria en hacer á la Duquesa gozar de todos los honores de la virtud, en con-

fundir sus enemigos, y quitar á Madama la posibilidad de difamarla: lejos de procurar veerla sin testigos, procuraba no sentarse á su lado en la sociedad escogida que encontraba en su cuarto, y si alguna vez lo hacia, jamás le hablaba misteriosamente, ni pronunciaba una sola palabra que pudiese descubrir su amor, ni le escribia; pero se indemnizaba de esta privacion, por el dulce placer de honrar el objeto que adoraba; por la felicidad que gustaba mostrando una justa admiracion de la Duquesa, y elevandola por todos aspectos sobre las demás mugeres; en fin, por la satisfaccion de vengar la inocencia, y humillar el orgullo de Madama. Asegurada la Duquesa por una conducta tan pura, tan franca y desinteresada, le amaba con mas entusiasmo; de consiguiente con mayor peligro: persuadida por cuanto la rodeaba, que todo el mundo, sin excepcion, hacia justicia á su carácter y sentimientos, y que aun sus enemigos, procurando calumniarla, tenian de ella la opinion que debian, gozaba menos de este triunfo por sí misma, que por el Rey; á él referia toda la gloria; él solo, á sus ojos, merecia los elogios y una verdadera admiracion. Estas dulces ideas le dieron una serenidad, que hasta entonces no se

le habia conocido, y que la hacia tan amable como interesante: encantaba á cuantos la trataban, por la finura y rectitud de su espíritu, por una alegría llena de gracia, una igualdad de humor, un cáracter de dulzura, de indulgencia y de bondad, que no se desmentia jamás.

Tal era el estado de la córte cuando volvió el conde de Guiche, tres semanas ausente. Quedó admirado de las imprudencias que habian dejado cometer á Madama. Ella misma, aunque estaba mas irritada que nunca, comenzaba á arrepentirse: veía, á pesar de la elevacion de su rango, cuan diferentes son los homenages tribuados solo al nacimiento, de los que prodíga el favor. El conde de Guiche, ante todas cosas, prometió vengarla: en seguida le aconsejó, que era necesario acercarse al Rey, aunque fuera en apariencia. No se trataba de volver á ganar su amistad, sino de persuadirlo así á toda la córte, ó al menos de establecer sobre este asunto la duda; que hace obrar á los cortesanos cuasi como la certidumbre; porque en la corte, principalmente las probabilidades, tienen una funesta influencia sobre las conductas. Este género de cálculo es el de la prudencia; él dirige siempre á aque-

llos, cuyas acciones son dominadas por el interés y la ambicion.

El conde se encargó de preparar una conciliacion; y sin prevenirlo á Madama, que la habria rehusado, fué á buscar á la Duquesa. Le hizo una pintura de Madama, abatida, inconsolable, poseída de un profundo sentimiento por el Rey, y no pudiendo soportar una frialdad que la separaba enteramente de él. Otra, en lugar de la Duquesa, orgullosa de recibir tal confidencia, que era en sustancia una solicitacion, hubiera respondido con las mesuradas expresiones del respeto; pero con la seriedad del rencor y del orgullo, habria exagerado el resentimiento del Rey, á fin de recordar sus agravios personales, y hacer valer su mediacion; pero la Duquesa respondió con su ordinario candor: manifestó un dolor sincéro de ser la causa inocente de la desunion del Rey y Madama, y el deseo de reunirlos. Para no atribuirse el mérito de esta reconciliacion, aconsejó al conde hablase al Rey sobre ella; y como si este paso bastase, no prometió siquiera apoyarlo; pero el mismo dia escribió á S. M. dandole cuenta de la conversacion con el conde de Guiche, y diciendole todo lo que podia interesarle en favor de Madama.

Luis vió á Madama particularmente, se abrazaron, se hablaron con sequedad; pero cortesmenté: se separaron poco satisfechos de esta explicacion; no obstante, los amigos de Madama publicaron, que ella habia quedado muy complacida. Al dia siguiente pareció S. M. en el círculo de Madama; y ésta mandó decir á la Duquesa, que podia pasar á su cuarto con sus otras compañeras: la llevó muchas veces á las cámaras de las reinas; pero siempre la trató, si no con desdén, al menos con una frialdad extrema.

La violencia que se hacia, tan costosa á su carácter, aumentó mas su ódio contra aquella que le quitaba su favor, su crédito, y la forzaba á una especie de reparacion: en fin, ella veia á su rival triunfante, adorada, y aun irreprensible: la negra envidia envenenó su alma, desterró de ella todos los sentimientos de justicia y generosidad, no dejando en ella mas que la horrible pasion de la venganza.

La pasion de Luis tomaba cada dia nuevas fuerzas: se observó una alteracion sensible en su humor; se puso triste, preocupado y pensativo en fin, escribió á la Duquesa, no ya como un amigo virtuoso, sino como un amante descontento y apasionado. La Duquesa conoció entonces cuanto

se habia engañado. En su primer movimiento de sorpresa y dolor, dió una respuesta severa que desesperó al Rey. El despecho se unió al pesar de Luis; la virtud, que tanto habia admirado, no le parecia sino ingratitud; juró curarse. Mas ¡como desterrar de su imaginacion y de su corazon el recuerdo encantador de una muger modesta, sensible y virtuosa!.... Cuando no se trahen á la memoria sino los talentos, las gracias y la belleza de lo que se ama, se puede olvidar, comparando con otras mugeres; pero cuando se reflexiona el encanto del candor y de la inocencia, se hallan pocos objetos de comparacion. Sin embargo, pareció que Luis se desviaba de la Duquesa, y se habia disminuido su ardor por ella. La condesa de Soissons aprovechó este instante, para presentar en la córte á la señorita de Mothe-Hondancourt, jóven de brillante belleza, á quien Madama admitió al punto en el número de sus camaristas. El Rey se deslumbró, y cayó en la red; pero esta intriga solo fué una ligera distraccion: á los dos meses volvió Luis á la Duquesa, con la sumision propia del arrepentimiento, y con mas ardor que nunca. Ella, inflexible, y fortalecida, quizá por la infidelidad pasagera del Rey, mostró el mis-

mo rigor. El Rey cayó en una profunda melancolía, que influyó visiblemente sobre su salud. En este estado tuvo necesidad de abrir su corazon. Beringhen y Benserade, no habian sabido sino ocasionalmente el secreto de su amor; entretanto le eran necesarios los consuelos de la amistad; escogió al duque de Lauzun para su confidente: este era el cortesano á quien S. M. mas amaba. Lauzun tenia ideas cavallerescas, y un aire bizarro de espirtu, que naturalmente debia desagradar al Rey, que poseía tan buen gusto y maneras tan sencillas. Sin embargo, todos los príncipes gustan de lo original, cuya inclinacion nace de la dificultad de encontrarlo entre los que los rodean: el uso y la etiqueta que arreglan todo el aire, los cumplimientos, los discursos, dan á todos los cortesanos cierta semejanza insípida. El modo de Lauzun era diferente al de los demás: tenia al Rey una inclinacion exaltada, que se manifestaba sin cesar por rasgos singulares: un entusiasmo sincéro y fundado, le daban el privilegio exclusivo de alabar á Luis con exceso en su presencia. Estos elogios exagerados, y continuamente extravagantes, jamás se parecian á la lisonja, porque se expresaban con el tono de la pasion. El Rey, como decia con

finura madama de la Fayette, *aparentaba burlarse de ellos* (1); pero en el fondo de su alma todas estas locuras lo divertian, le parecian picantes, y esta aficion especial interesaba su corazon. Por otra parte, el ardiente valor de Lauzun, su galantería romanesca y su magnificencia, le agradaban. Luis pensaba con razon, que un hombre tan brillante no podria ser ridículo, aunque tuviera alguna singularidad.

Lauzun, despues de haber recibido la confidencia del Rey, fué en busca de la Duquesa, con el objeto de solicitar una explicacion para el Rey; es decir, una cita, que fué rehusada. Lauzun se enfadó, se arrebató; pero nada obtuvo. Luis herido, verdaderamente afligido, no tuvo fuerza ni para sofocar, ni aun para disimular su pesar. El mismo dia padeció un acceso de fiebre, y al siguiente se halló tan débil, que no pudo levantarse: se juntaron los médicos, y declararon, que la enfermedad era grave. Al cuarto dia estuvo delirante, y no hablaba mas que de la Duquesa: la llamaba, la rogaba, y creyendo verla la hablaba (2). Ella sufria mas que él, pues tenia expeditas todas sus facultades. Lau-

(1) Véanse las memorias de madama de la Fayette.
(2) Pasage verdadero. Véanse las memorias de Bussy.

zun contándole estos pormenores, y exagerándole el riesgo de la salud del Rey, le despedazaba el alma, y se puso tan mala, que fué preciso sangrarla. Todos conocieron entonces, y aun los mas incrédulos, que la Duquesa resistia á la pasion que inspiraba mas de un año, aunque se hallase poseida de la mísma: el estado del Rey y la tristeza profunda que le habia precedido, no podian dejar dudas en esta materia. La Reina Madre envió muchas veces á saber del estado de la Duquesa, y Madama tuvo el pesar de ver toda la córte vivamente interesada en la salud de su rival. El Rey recobró prontamente su conocimiento; Lauzun le dió esperanza, instruyendole de todo lo que la Duquesa habia padecido, y prometió decidirla á que secretamente viniera á verle. En efecto, al dia siguiente se lo propuso á la Duquesa, persuadiéndola que la vida del Rey dependia de este paso; ella consintió. Al anochecer, Lauzun la condujo por corredores escusados; bajó una pequeña escalera, y por una puerta que se hallaba al fin, cuya llave tenia, la introdujo en el departamento del Rey (1). Este príncipe que la esperaba, se ha-

(1) Memorias de Bussy.

bia levantado para recibirla, no obstante que tenia mucha calentura todavía. Lauzun, sosteniendo á la Duquesa se acercó al Rey con un aire triunfante, puso la espada y huantes á sus pies, diciendole (1): Señor, sed siempre, y en todos los momentos, el depositario de mis sentimientos y de mi felicidad: quien no os ame así, no merece ser amado de vos. Despues de esta accion bizarra, que fué dar una especie de leccion á la Duquesa, se mantuvo Lauzun en una azotea que pertenecia al departamento del Rey. La Duquesa estaba tan turbada, que no tenia fuerza para articular una sola palabra: miraba al Rey, cuya palidéz y extenuacion le hacian cuasi desconocible. Luis conoció sin trabajo toda su ternura: no tenia necesidad de pintarle lo que habia padecido, y el exceso de su amor: ella veía la prueba, y el sello impreso en su semblante y toda su persona. El se quejó dulcemente: cada una de sus palabras se insinuaban en el corazon de la Duquesa. Le pidió permiso para ir á verla en secreto; y obtuvo en este asunto el consentimiento que se le negaba tanto tiempo.

(2) La accion es verdadera. Memorias de Madama de la Fayette.

El temor horrososo de causarle un trastorno funesto, destruyó en un instante los mas firmes y prudentes propósitos.... La Duquesa habia hospedado en su cuarto á una parienta suya, que un mes ó cinco semanas debia estar en la córte: prometió á Luis recibirle, cuando esta partiese. El gusto y transporte de Luis, hicieron conocer á la Duquesa la importancia del imprudente empeño que acababa de contraher: no pudo contener sus lágrimas. „Ay, de mí! exclamó: voy á perder mi reputacion y mi reposo; mas vivid, sed feliz!....” Diciendo estas palabras se levantó, llamó á Lauzun, y precipitadamente dejó al Rey.

Pocos dias despues de esta entrevista. el Rey recibió gentes, y despachó con sus ministros. Durante las cinco semanas de espera, para una cita tan deseada, con tanto ardor, y desde largo tiempo, hizo el Rey preparar magnificas fiestas, que debian durar cuatro dias, las cuales daba solo por la Duquesa. Pasado un mes se trasladó á París con toda la córte. La Duquesa conoció de antemano la intencion de estas fiestas; pero ignoraba el plan. Se hizo una plaza frente de las tullerías, dentro de un vasto círculo, que ha conservado el nombre de *la place du Carrousel*; es decir, la pla-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

za de la Carrera. Se formaron cinco cuadrillas: el Rey iba á la cabeza de los Romanos; su hermano á la de los Persas: el Príncipe de Condé á la de los Turcos; el Duque de Enghien, su hijo, á la de los Indios; y el Duque de Guise á la de los Americanos.

Este Duque, nieto de Balafredo, era célebre por su empresa sobre Nápoles, por su prision, sus duelos, sus profusiones, y sus amores novelescos: se decia de él viendole correr con el gran Condé: Hé ahí los héroes de la historia y de la fábula. Las reinas, y las damas estaban bajo de un docél. El conde de Saúlx, hijo del Duque de Lesdiguiéres ganó el premio (1) que recibió de manos de la Reina Madre.

Los que debian correr el segundo dia, tenian las costumbres de los antiguos caballeros. El Rey representaba á Roger; todos los diamantes de su corona brillaban sobre su vestido, y sobre el caballo que montaba: obscurecia á todos los señores de su córte por el explendor de su magnificencia, y principalmente por la gracia y magestad de su figura. Los caballeros estaban precedidos de heraldos de armas, de pa-

(1) Siglo de Luis XIV.

ges, de escuderos que llevaban sus broqueles, sobre los cuales iban puestas sus divisas, y versos escritos con letras de oro, compuestos por Benserade. Antes de dar principio á los juegos, todos los caballeros desfilaron delante las reinas, y trescientas damas, que estaban colocadas bajo de arcos triunfales, soberbiamente decorados (1). La divisa del Rey hacia alusion á la modestia y hechizos de la Duquesa. Era una rosa entre abierta, y cubierta por mitad con las ojas; y estas palabras: *Cuanto si mostra men, tanto é piu bella* (2). Divisa que se habria podido aplicar á todas las jóvenes; pero que solo designaba una de las presentes. Pasando el Rey bajo los arcos de triunfo, ni miró, ni vió otra que la Duquesa; estaba sentada detrás de una de sus compañeras: el mas vivo encarnado embellecía su amable semblante, del que S. M. apenas vió la mitad; sin embargo, recogió una dulce mirada, y al momento inclinándose la Duquesa al otro lado, se ocultó enteramente; entonces el Rey, bajando los ojos sobre su divisa, allí encontró su imágen; porque la alegoria era perfecta.

(1) Siglo de Luis XIV.

(2) Cuanto menos se muestra, mas bella es. Véase la recoleccion de divisas del P. Bouhours.

Cuatro veces obtuvo el Rey el premio de los juegos; él deseaba con ardor conseguirlo; combatia delante de la Duquesa. Mas no pudiendolo recibir de su mano, los abandonó, y dejó disputar á los demás caballeros (1). Las otras fiestas se dieron en la parte de los Jardines de Versalles, que acababan de concluirse. Allí fué el Rey con su corte, compuesta de seiscientas personas, las que con sus criados fueron admitidas gratuitamente, del mismo modo que los que concurrieron á los aprestos de estos encantamientos. El Rey y la juventud de la córte representaron allí todas las divinidades de la fábula. Apareció un carro elegante, sembrado de rosas, en el que estaba Madama recostada, figurando a Aurora: en seguida salió el resplandeciente carro del sol, conducido por el Rey, representando á Apolo: este carro reluciente, y que centelleaba por su dorado, tenia diez y ocho pies de alto, quince de ancho, y veinte y cuatro de largo. Las cuatro edades de oro, de plata, de bronce y de fierro; los signos celestes; las estaciones del año (entre las que la Duquesa se hallaba en figura de Primavera), y las

(1) Siglo de Luis XIV.

Horas, seguian á pié este carro: todo estaba perfectamente caracterizado. El último carro que era el de Diana (representado por la Reina) rodeada de sus ninfas, terminaba esta especie de marcha: este era de plata, decorado con guirnaldas de adormidera: la noche, y los sueños ligeros la seguian (1). La Reina Madre y demás espectadores, estaban bajo de arcos de follage y de flores, adornados con quinientas arañas de plata, y de cristal, con multitud de bugias que hacian, en medio de la noche, aparecer la claridad de un hermoso dia. Una balaustrada dorada cerraba este vasto recinto, que corrieron todas las divinidades del Olimpo muchas veces lentamente en el órden que acaba de referirse. Durante este tiempo, una numerosa orquesta, colocada fuera del circuito, tocaba una música instrumental y vocal. Las expresiones de los aires, cantados en coro, compuestos para la fiesta, estaban llenas de alusiones delicadas y picantes, sobre las personas que representaban las deidades de la fábula, y sobre las pasiones que animaban el corazon. De cuando en cuando cesa-

(1) Este carro caracterizaba mejor que los demás el misterio de la fiesta. ¡Oh Reyes! ¡Oh aduladores!—*El Traductor.*

ba la música, la marcha se detenia, y uno de los actores, formando una especie de pequeña escena, recitaba versos hechos para la Reina, ó para las princesas. Benserade acercándose al carro de Apolo, dirigió al Rey el siguiente.

Je doute qu' on le prenne avec rous sur le ton
De Daphnè ni de Phaëton
Lui trop ambitieux, elle trop inhu maine;
Il n' est point là de piége on puissiez donner
Le moyen de s' imaginer
Qú une femme rous fuie et qu' un homme vous méne!

Dudo que se entienda con vos sobre el tono
De Daphen ni de Phaeton,
El demasiado ambicioso, ella demasiado inhumana;
No hay allí lazo donde vos podais dar
El modo de imaginarse
Que una muger os huye, y un hombre os conduce [1].

Concluidas estas correrías, y llegada la noche, se encendieron las arañas; y á mas cuatro mil gruesos hachones, acabaron de esclarecer el espacio donde se daban las fiestas. Una montaña movediza, artísticamente iluminada, cubierta de verdura, de floridos arbustos, y de las divinidades de los bosques, se acercó hácia el recinto, al son de instrumentos campestres. Descendió de

(1) Siglo de Luis XIV., y obras de Benserade.

ella el dios Pan, seguido de las amadriadas de las ninfas de las praderias; y una tropa de zagales, que formaron un baile, y en seguida dispusieron las mesas: las ninfas que no habian danzado, pusieron sobre aquellas lo que producen las campañas y las florestas de mas delicioso. Despues de la merienda se levantaron las mesas, y la montaña se transformó en un teatro repentinamente, donde se representó por primera vez *la Princesa de Elide*; pieza de Moliere, que ofrecia un hermoso espectáculo de divertimientos variados, y por otra parte llena de rasgos finos y selectos, que debian agradar á tal asamblea. El dia siguiente se pasó en fiestas de diferente especie; pero mas magníficas. Se hicieron dentro del parque muchas tiendas, llenas de alhajas y diamantes, comprados por el Rey, y todas las damas fueron convidadas á elegir lo que les era mas agradable entre ellos. En seguida, se hizo un espectáculo para dar el verdadero brillo á esta fiesta, y fué la primera representacion del *Tartuffe* (1). Cuando (2) las fiestas presentan la reunion de todo lo que la magnificencia puede ofrecer de mas brillante,

(1) Hipócrita. (2) Siglo de Luis XIV.

y la galanteria, el talento y el génio, pueden producir de mas lucido y encantador, tales diversiones, tan ingeniosas y tan nobles, dejan una eterna memoria, aunque la razon deba vituperar sin duda tales prodigalidades (1); mas en este reinado sirvieron al menos para animar los talentos y perfeccionar las artes: lejos de inspirar, en general, la pasion del lujo, infundieron disgusto á todo lo pequeño y mezquino; la puerilidad del gusto es la que arruina á los particulares. Esta alta magnificencia de Luis no tuvo ninguna odiosa influencia sobre sus costumbres; porque era superior á toda imitacion: este príncipe tan grande, en todo se hacia admirar, pero era inimitable. A mas de esto, era imposible que los particulares, aunque prodigasen sus

(1) Así consumen los reyes absolutos el sudor de los pobres vasallos, en fomentar sus vicios, y hacerlos brillantes. ¿Y cual es el fruto para la nacion? ¿Y se quiere absolutismo, y no monarquía moderada? Sí: porque este es el voto de los que sacan partido de los abusos del Príncipe, de los egoistas, aduladores, inmorales, hombres dignos de ser vasallos del Emperador de Constantinopla. Esto mismo sucede con los que predicando libertad, la destruyen, ollando todos los derechos de la sociedad, de que se constituyen peores tiranos que los mismos reyes, tanto cuanto excede la demagógia á la tiranía.—*El Traductor.*

tesoros, tuviesen á sus órdenes personas que arreglasen y dispusiesen tales fiestas, como Racine, Moliere, Quinault y Boileau (1).

En medio de estos encantamientos, de estas seducciones multiplicadas, y de aquella especie de embriaguéz que debia experimentar la que era objeto de estas suntuosas fiestas, se acercaba el Rey con continuacion á la Duquesa, y le recordaba la entrevista secreta prometida. Ella no olvidaba este empeño imprudente, mas ¿cómo traerlo á la memoria!....

A los dos dias entró el Rey secretamente al cuarto de la Duquesa; pasó dos horas con ella; estuvo siempre respetuoso y reservado; pero no reprimia ya la expresion de sus sentimientos. Por la primera vez no se atrevió á imponerle silencio; le respondió contra su voluntad, y sin saber lo que decia. ¿Se comprende uno á sí mis-

(1) Aunque los particulares no pueden competir con el fausto del Soberano, lo hacen siempre excediendo sus facultades; porque los cortesanos siguen el gusto y aun los vicios del monarca; de consiguiente, este afecto al lujo en los reyes, necesariamente trascendental á toda la córte, que solo trata de agradarle, es la ruina del estado; porque consume sus rentas, y las de la grandeza con especialidad.—*El Traductor.*

mo, ó, al menos, conoce la fuerza de estas palabras involuntarias, que se escapan de lo interior del corazon? ¿No se sabe que una mirada, una sonrisa, un suspiro, descubren su pensamiento el mas íntimo?.... Cuando la Duquesa se encontró sola, le fué imposible resistir las reflecciones que se presentaron de golpe á su espíritu. Acababa de conceder una cita, y de indicar otra; de participar y autorizar una pasion criminal.... Cada una de estas ideas excitaba en ella un temblor y una emocion dolorosa, que parecian disipar todo el encanto del amor: despues de un paso tan culpable, y con una alma tan pura, no podia equivocarse: la luz resplandeciente y terrible, producida por los remordimientos, desvanece las ilusiones mas agradables. No confió ya de sí misma; habia perdido este derecho: se vé en el borde del abismo; no hay prestigio, por seductor que sea, que le oculte su profundidad; mira bajo sus verdaderas facciones la vergüenza y el arrepentimiento. ¿Qué esperanza de felicidad podia unirse á esta imagen horrorosa! Ella no conservó de su pasion sino una sensibilidad que se hizo insuperable: el amor, despojado de sus encantos, podia tiranizarla; mas no seducirla: vencida, sin ser engañada,

solo le quedó un funesto error. Se decia: *Si huyo ahora, el Rey no sobrevivirá á mi pérdida!* La virtud me indemnizará; pero nada le consolará en mi abandono: morirá!.... Este pensamiento fijó su destino.... Toda esta noche la pasó en su cuarto. Llegó la hora de recogerse, y al desnudarse quitó de su cuello la cruz de cristal que habia recibido de su madre expirante, y exclamo: ¡ó tesoro, que me eras mas caro que la vida! yo te he profanado: tú debes abandonarme con la inocencia!.... Ya no me es permitido cargarte; pero todos los dias te regaré con amargas lágrimas de arrepentimiento!.... (1).

El Rey debia volver al dia siguiente. La Duquesa estuvo mil veces para escaparse de la

(1) La conducta de la Duquesa nos manifiesta dolorosamente como se corrompe nuestro corazon, por grados, y conservando el conocimiento de todas las ventajas que proporciona la virtud. Ella tuvo resolucion para huirse de la Corte, y resistirse fuertemente en el claustro de Chaillot; y si cedió, fué por credulidad á las ofertas del Rey, *de que respetaria siempre sus principios.* Ésta misma, conociendo la gravedad de su falta, y experimentando un terrible castigo, antes de consumarla, solo por los remordimientos no tiene valor para evitarla. La religion, su honor, su tranquilidad, todo perdió su fuerza, y desprecia tan incomparables bienes en el momento mis-

Córte en aquella mañana, é ir á buscar un asílo en Turena. Una carta muy afectuosa del Rey le quitó todo su valor, y le impidió fijar su irresolucion: le vió en el cuarto de Madama; su presencia, sus discursos, sus maneras le infundieron un género de confianza; engañó su conciencia agitada, prometiendose hablarle con franqueza, con energía, y solicitar su permiso para retirarse por algun tiempo. Una hora antes de la emplazada subió la Duquesa á esperarle, durante la cual experimentó la agitacion mas violenta y penosa. Cuantas reflecciones habia hecho la víspera, se agolparon confusamente á su imaginacion: se admiraba de su temeridad; no podia estar en un lugar: se levantaba, recorría su habitacion, echaba los ojos al relox, y veía con extremecimiento aproximarse la hora.... el menor ruido la hacía sobresaltarse. ¡O tormento de un amor ilegítimo! exclamaba, volviendo á sentarse. ¡Ah, si yo hubiese previsto todo lo que sufro! ¿qué esfuerzos no habria hecho para prevenir mi pérdida? Pues qué ¿no es tiem.

mo que conoce su desgracia por abandonarlos. ¿Y qué la determina á tan gran sacrificio? *¿El Rey no sobrevivirá á mi pérdida?* ¡Qué engaño! ¡Así nos ocultámos nuestros propios deseos!—*El Traductor.*

po todavia? Mas ¡quién me arrancará de aquí! Sola, abandonada, en vano busco el apoyo de una mano auxiliadora!.... La fuga es imposible! Pronunciando estas palabras, y dirigiendo en contorno confusas miradas, oyó unos pasos lentos, y sintió que su puerta se abria: poco faltó para desmayarse: era el Rey. Su turbacion extrema y su miedo, animaron al Rey: éste supo aprovechar todo el ascendiente que le daban en esta situacion el amor, el temor, y la timidez que inspiraba. Víctima de su imprudencia, y conservando todos sus principios, sacrificó la Duquesa la virtud: esto fué inmolarse ella misma.

Cualesquiera que sean los caprichos de la suerte, no hay en la vida mas que una sola revolucion, verdaderamente gravosa y terrible; esta es la que debe producir en un corazon sensible y generoso la accion criminal que acaba de romper todos los vínculos del deber. ¡Qué horroroso es perder en un instante el derecho felíz de estimarse á sí mismo; de mirarse y desconocerse; de encontrar en oposicion sus opiniones con su conducta; de tener aún todas las habitudes de la virtud, y verse empeñado en la senda del vicio; de compararse con horror á lo